

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: un mes.....	4 reales.
Provincias: trimestre adelantado.....	20
Por conducto de los correspondientes.....	24
ULTRAMAR Y EXTRANJERO: trimestre.....	70
idem idem semestre.....	120

Remitidos, anuncios y comunicados á precios convencionales, y con grandes ventajas para los suscritores.

JUEVES 17 DE OCTUBRE DE 1872.

SESION MAGNA.

Como nada hay en estos momentos que interese más al país que la célebre sesión de anoche, en la que el Gobierno sufrió una verdadera y tremenda derrota moral, publicamos á renglón seguido con toda extensión el extracto de los magníficos discursos que en ella se pronunciaron.

Héla aquí:

Continuando la sesión á las nueve y media de la noche, y siguiendo el debate sobre el mensaje, obtuvo la palabra para una alusión, y dijo:

El Sr. OLAVARRIETA: Es la primera vez que tomo la palabra en esta Cámara para rechazar ciertas calificaciones del Sr. Salmerón, y espero merecer vuestra benevolencia.

Antes de entrar de lleno en el objeto de la alusión, diré que me complace en reconocer gran talento teórico en el señor Salmerón para tratar ciertas cuestiones políticas; pero creo que le falta todo el talento práctico que es menester para ocuparse de otras. Me parece que debemos aplaudir el discurso del Sr. Salmerón en lo que se refiere á los asuntos de Ultramar, porque él revela el objetivo á que se dirigen los que piden las reformas ultramarinas.

El Sr. PRESIDENTE: A la alusión.

El Sr. OLAVARRIETA: A ella voy; pero quisiera que el señor presidente tuviera conmigo alguna tolerancia.

El Sr. PRESIDENTE: El haberle concedido la palabra para una alusión es ya muestra de imparcialidad de la mesa; porque en rigor, S. S. no ha sido aludido. Le concedo, sin embargo, la palabra, teniendo en consideración que es el único oficial de voluntarios de la Habana que se sienta en estos bancos. Contráigase S. S. á la alusión.

El Sr. OLAVARRIETA: Iba á descender á ella.

El Sr. PRESIDENTE: Y yo le ayudo á que descienda.

El Sr. OLAVARRIETA: Yo quisiera preguntar al señor Salmerón si sabe lo que representan los voluntarios de la Habana, qué han hecho y qué significan. Representan las nueve décimas partes de la riqueza del país; han hecho lo que toda Europa y América sabe: salvar la integridad de la nación; y significan un firme baluarte que no pueden derribar los que piensan, como S. S., en la emancipación de las Antillas.

La prueba de que representan las nueve décimas partes de la riqueza del país, es el resultado de la reunión que hubo poco tiempo hace en la Habana, en que se acordó, entre comerciantes, industriales y hacendados, elevar la contribución extraordinaria de guerra á 8 millones de duros al año, con objeto de amortizar la deuda de Cuba en cinco años. Esto han hecho aquellos voluntarios. Que han salvado la integridad nacional, está reconocido en toda Europa, como lo prueban las comunicaciones de los cónsules de las distintas naciones á sus respectivos Gobiernos. Pudiera leerlas todas ellas, pero leeré sólo la del cónsul de Rusia. (S. S. leyó en efecto una comunicación del cónsul de Rusia á su Gobierno, en la que se dice que la institución de los voluntarios de la Habana, lejos de merecer las inculpaciones del Sr. Díaz Quintanero, ha dado muestras de su cordura y sensatez).

Los voluntarios, pues, de Cuba tienen acreditado que han sido la salvación de la integridad del país; no merecen las calificaciones del Sr. Salmerón, y lo merecen tanto menos, cuanto que han sabido hacer el sacrificio de sus intereses, de sus vidas y de sus comodidades.

Citó el Sr. Salmerón dos casos que atribuía á los voluntarios de la Habana: uno de ellos el haber hecho salir forzadamente de la Isla á la autoridad superior de Cuba. No es cierto, y yo me alegro que el Sr. Salmerón asumiera en sí toda la responsabilidad de lo que acerca de esto dijo, porque estoy seguro de que en los mismos bancos en que se sienta S. S. hay personas que han pertenecido á esa benemérita institución, y que no están conformes con las ideas de su señoría. (Pidió la palabra el Sr. Martínez Villergas). Si á esos voluntarios ha dirigido el Sr. Salmerón sus calificaciones, en nombre de todos ellos les rechazo una por una, como inmerecidas y como injuriosas, y por mi parte voy á hacer gracia á S. S. de no darme por ofendido, limitándome sólo á dirigirle una pregunta. ¿Le parecería bien á S. S. que desde este banco me permitiese yo, con el mismo derecho que su señoría, discursar sobre las calificaciones que ha dirigido á los voluntarios, y lo que ha dicho la emancipación de las Antillas, puede ser debido... (El Sr. Salmerón: ¿A qué? ¿A qué?) á una obcecación de S. S., ó á haber sido halagado por el oro filibustero? (Grandes reclamaciones en la izquierda; voces de fuera. Algunos señores piden que se escriban las palabras).

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores, orden; el honor de todos vosotros está encomendado al presidente: silencio, mando silencio. Señor diputado, S. S. es indigno de estar en el Congreso; si sus palabras se refieren á algún representante del país. (Aplausos. Siguen las interrupciones). Silencio, no seréis dignos de que yo os presida si no os calláis, yo os lo mando.

El Sr. OLAVARRIETA: Señor presidente...

El Sr. PRESIDENTE: Calle V. S. En este momento va V. S. á descender de sus palabras, y si no se desdice, yo diré lo que ha de hacerse. No saldrá S. S. de aquí siendo diputado, mientras no declare que no ha sido su ánimo dar á entender si quiera que ningún diputado de la nación española pueda verse.

El Sr. OLAVARRIETA: Jamás ha pasado por mi ánimo semejante cosa, ni he podido dirigir nunca esas expresiones á ningún diputado. Yo estaba hablando en hipótesis; pero si el señor presidente me manda que retire las palabras, yo las retiro. (Varios señores: No; no; eso no basta).

El Sr. PRESIDENTE: Silencio, orden, callad, tened la virtud del silencio. No basta que S. S. retire las palabras; es preciso que S. S. las explique frase por frase; de tal manera, que no saldrá de aquí siendo diputado de la nación, si no quedan todos completamente satisfechos.

El Sr. OLAVARRIETA: Estaba espiando las palabras y no he podido concluir. No creo que haya ningún diputado de la nación española capaz de verse. Yo no lo soy,

LA PRENSA

ORGANO DEL PARTIDO CONSTITUCIONAL.

MADRID.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Para hacer la suscripción, basta dirigir carta certificada con el importe de un trimestre al administrador de LA PRENSA. También se hacen por medio de los correspondientes de este periódico, que lo son los de la Biblioteca selecta de autores españoles, y en las principales librerías de España.

Redacción y administración de LA PRENSA: Calle de Jacometrezo, números 7 y 9, principal.

AÑO SEGUNDO.—NÚMERO 475.

la suerte de sus amigos, les hubieran dicho, que dentro de cuatro años tendrían la libertad de cultos, el matrimonio civil, la libertad de enseñanza, los derechos individuales, á cambio del sacrificio de aceptar la monarquía, y aceptarla con un príncipe que respetara, por decoro, por dignidad, por orgullo, por sus antecedentes, una Constitución como esta, con la cual pueden desenvolverse todos los partidos y todas las aspiraciones; con un príncipe que tuviera una esposa desahogada de virtudes; modelo de esposas y de madres, y con unos hijos que habían de ser educados como cualquiera de la clase media ó del pueblo; si se les hubiera dicho todo esto, ¿qué hubieran contestado? ¿Hubieran renunciado á la libertad por esperar para dentro de diez, veinte ó cincuenta años la república? No lo creo. ¿Hubieran habido menos patriotas que Garibaldi batallando al lado de Víctor Manuel por la unidad de Italia, que Kapa reconociendo el imperio austriaco para afirmar la autonomía de la Hungría, que M. B.ight formando parte de un ministerio whig para empujar á la aristocracia inglesa hacia los progresos que venía rechazando? Cuando los monárquicos franceses han hecho abdicación por más ó menos tiempo de todo lo que han sido, de todo lo que son y de todo lo que esperan ser, por d r á la Francia paz y tranquilidad, ¿sería gran sacrificio para vosotros el hacer abdicación de la forma por salvar los principios? ¿Tan segura considerais la libertad en España, que creéis que podéis arraigarla y consolidarla solos vosotros con el principio republicano?

Ahora sólo me queda una pregunta que haceros. ¿Aspiráis á variar la actual situación por medio de la legalidad? Entonces debéis reprobar todos los movimientos de fuerza que se intenten ó se promuevan á la sombra de vuestra bandera. ¿Aspiráis, por el contrario, á cambiar la situación por medio de la fuerza? Entonces imitad nuestra conducta. El partido progresista, para ir á la revolución, cuando creyó que debía prescindir de todos los medios legales, empezó por dejar vacantes sus puestos en las Cortes.

El Sr. BUREAU DONADEU: ¿Y el Sr. Candau? ¿Y el señor Figuerola?

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Suplico que no se me interrumpa, porque yo no he de hablar del señor Rubau ni de los sucesos del Ferrol.

El Sr. PRESIDENTE: El presidente cuidará de que no se interrumpa á V. S.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Lo agradezco mucho; pero he tenido que contestar á la interrupción.

No es que yo desee que hagais eso; sería una de las cosas que mas pena me dieran, porque yo no he de provocar á los que han defendido la libertad y han sufrido por ella: si ese hicierais, creería que algún acto del Gobierno os había obligado á ello, y no me consolaría hasta tener la seguridad de que habais desconocido la situación del país.

Decía uno de los hombres más grandes de la Francia, hace treinta y cinco años, M. Berryer: «las revoluciones, como las crecidas de los ríos, arrastran en su curso impetuoso, á los que se colocan en medio de ellas; y deben aprender los revolucionarios que no se pueden edificar en medio de la corriente, sino en la orilla.» Pues bien, esa orilla en estos momentos es la Constitución del 69 y la dinastía del rey Amadeo, pero si intentais un movimiento de fuerza, esa orilla será el príncipe Alfonso y la Constitución del 45, á lo más. Elegid, señores republicanos.

Voy ahora á ocuparme del antiguo partido moderado, del que hoy se llama partido alfonsino. Según este partido, la revolución fué inútil, porque lo hacemos peor que él: y ha sido impotente, porque nada hemos hecho de lo que pensábamos realizar, y para tan pobre resultado no había para que crear una nueva monarquía, porque ahí estaba el príncipe Alfonso, que á pesar de no tener más que catorce años, hubiera sido dechado de reyes, y tenía la ventaja de la legitimidad. Precisamente lo que no tiene el príncipe Alfonso es la legitimidad como los alfonsinos la comprenden. Yo creo, y no entro á interpretar la ley sálica, que sin la soberanía nacional y sin la proclamación de los principios liberales, Isabel II no hubiera reinado en España. Pues con ese mismo derecho, hemos elevado nosotros un trono, que tenemos el deber de consolidar; y fundado en esto, espero que el señor Estéban Collantes, á pesar de su entelequismo por la causa del príncipe Alfonso, se apresurará á hacerse radical después de haberme oído esta noche.

Ni una sola palabra, salí de mis labios que pueda ofender á la familia que durante treinta años ha regido los destinos de este país; pero este respeto no puede llegar hasta el punto de hacerme prescindir del cumplimiento de mi deber. Si no oyéramos decir todos los días que no hay otro remedio para curar los males de la patria que la restauración, yo no hablaría del príncipe Alfonso; pero como hay un partido que presenta esa solución como próxima, yo tengo que hablar de ella, y lo primero que se me ocurre es preguntar á los moderados: ¿pensáis realizar vuestra solución, como decía el otro día el señor conde de Toreno, de una manera pacífica? Si esto fuera verdad yo dormiría tranquilo.

Señores, el partido moderado el año 1845 rompió el pacto que tenía hecho con el otro partido que con él alternaba en la gobernación del país; pacto de vivir la vida de la tribuna y de la prensa. Después de roto ese pacto, el año 52 intentó reformar su propia obra sin excitación de nadie, y el año 57 hizo otra reforma también sin excitación de nadie, y estando el otro partido completamente vencido, sin poder luchar y sin poder hacer valer sus aspiraciones. ¿Y esto así y así?

En 1867, por último, se habló aquí de una cosa que yo no puedo calificar, y que su autor llamaba «constitución interna de la sociedad.» ¿Y sabéis por qué cayó el partido moderado? Porque abandonó su tradición constitucional é hizo traición á los principios que le dieron el ser; porque abandonó los principios constitucionales y dejó introducirse en su seno el neo-catolicismo, creyendo fortificarse de este modo en la opinión del país, cuando los Gobiernos no se fortifican más que siendo consecuentes con sus principios y sus ideas.

¿Y aquí por qué nosotros no queremos hacer lo que ha hecho el partido moderado, porque tenemos la experiencia de lo que á vosotros os ha pasado; y he aquí por qué hemos levantado un rey, y hemos hecho una Constitución que e

rev ha jurado; porque creíamos, y seguimos creyendo, que la libertad y la monarquía podían realizar y labrar juntas la felicidad del país.

Pero después de todo, yo pregunto: ¿qué es lo que piensa proclamar el partido moderado, el día en que venga el príncipe Alfonso á la plaza de Oriente?

Para realizar esa idea, ¿con qué contáis? ¿Quién os sigue en España? ¿Con el ejército? Siempre ha sido este vuestro punto de partida y de apoyo; pero creedme: os equivocáis: que anden con cuidado los amigos del Sr. Estéban Collantes; porque nosotros hemos procurado hacer justicia á los merecimientos, servicios y lealtad del ejército antes de la revolución, y sobre todo, después de la revolución.

El año 54, los generales de más prestigio y valer se sublevaron con toda la caballería que había en Madrid, con un batallón de infantería y contando quizá con el resto del ejército. Pues sin embargo, iban vencidos en Manzanares y camino de Portugal. El movimiento del 54 se hizo después del programa de Manzanares.

No quiero hablar del movimiento del general Prim con los dos batallones de milicia en Reus en 1843, porque el sólo recuerdo del malogrado general turbaría mi ánimo. Pero aquellos movimientos del ejército no tuvieron resultado, porque no estaba el país preparado para una revolución.

Y yo pregunto: ¿creen los moderados que hoy podría verificarse un movimiento contando con una parte del ejército? Pues yo creo que es imposible.

No voy á hablar de si el partido moderado cuenta ó no con aristocracia, si cuenta ó no con las clases medias, si cuenta ó no con el pueblo.

De la aristocracia, una parte está con nosotros; la hay también en el partido progresista, y la hay en el mismo partido republicano; y sumado todo esto, resulta que la mayor parte no pertenece á ninguno de los partidos. Por fortuna suya no ha influido nunca en la política española.

Yo tengo para mí la persuasión de que tampoco está con vosotros la Iglesia, la cual os mira con prevención y recuerda lo que en unión con nosotros habéis hecho y lo que se parados de nosotros no os habéis atrevido á hacer. Me bastará citar una autoridad que no será rechazada por vosotros. Decía Balmes: en punto á la desamortización, los progresistas venden los bienes; los moderados los compran, y las murallas de los moderados van á pedir limosna para los pobres á las puertas de las iglesias. Pues no ha variado la Iglesia de la opinión que tenía respecto de vosotros; no hay más sino que como no comprende nuestras reformas porque todavía no las ha estudiado, vuelve alguna que otra vez la vista á vosotros, pero siempre con desconfianza hacia los que toman parte en la supresión de los diezmos, aceptaron la desamortización y han contribuido á la revolución española.

Después viene la segunda parte del punto de apoyo de los moderados: el ataque á las conquistas revolucionarias, y principalmente á los derechos individuales.

Y como los moderados no tienen elementos para hacer esta vida, de aquí que lo que para nosotros son derechos y libertades, para ellos son palabras y hechos enteramente opuestos.

Pero al fin tengo la esperanza de que la esperanza que se haya podido formar el partido moderado sea una de tantas ilusiones que los partidos se hacen: por lo mismo voy á decirlo.

Pero si esto no bastara, recordaré una cosa á todos los liberales, y es, que los partidos vencedores en minoría cuando proclaman ideas reaccionarias, se sirven de la astucia primero, y no renuncian á la violencia después. Aprendan esto los liberales lo que sería una restauración moderada alfonsina.

Voy á decir algunas palabras respecto de los hombres que se llaman conservadores de la revolución. La primera dificultad que se me ocurre es preguntarles en qué situación se encuentran, cómo se llaman y qué se proponen. ¿Son monárquicos? El Sr. Balaguer hizo una afirmación rotunda; el Sr. Ulloa hizo una afirmación velada, y el Sr. Romero Ortiz dejó entregada la dinastía á su suerte. Yo voy á examinar á los antiguos conservadores. Yo creo que nada tienen que ver con el credo político ni con los compromisos del antiguo partido moderado, y les doy fé de vida en 1854. Os llamabais entonces centro parlamentario, después unión liberal, más tarde revolucionarios de Septiembre, y según pública voz, hoy os llamais conservadores liberales y sois monárquicos constitucionales.

Ahora, suponiendo que sois monárquicos, vuelvo á preguntar: ¿de quién lo sois? ¿Sois constitucionales? ¿de qué Constitución? ¿Sois conservadores? ¿de qué? ¿de la revolución, ó de otra cosa? ¿Os encerrais como los moderados en una logomachia, ó tenéis fórmulas concretas en esta materia? ¿Estais con propósitos de continuar dentro de la legalidad, ó de ir más tarde á otro terreno? ¿Con qué contáis para llamarnos conservadores? ¿Cuáles son vuestras fuerzas y elementos para aspirar al Gobierno como partido conservador? ¿No sabéis que el Sr. Nocedal se dice conservador, que se lo llama el Sr. Estéban Collantes también? Yo voy creyendo que las clases conservadoras son una especie de caja de ahorros para los partidos sin elementos y para los Gobiernos sin prestigio, y que cuando no tienen apoyo en el país dicen: yo represento las clases conservadoras.

Pero en fin, ¿con quién contáis? ¿con la Iglesia? Pues qué os jactas la Iglesia olvida que con nosotros habéis votado la libertad de cultos, la de enseñanza, el matrimonio y el registro civil, y habéis arrojado de los conventos á los que se albergaban en ellos? La Iglesia está menos con vosotros que con nosotros, porque con nosotros sabe que si hay transacción ha de ser bajo el punto de vista de la libertad.

¿Contáis con el ejército? El ejército ha sido el copo de la antigua unión liberal; el ejército antiguo no olvida que estuvo del lado de acá del puente de Alcolea, y el moderno no olvida que algunos de vuestros generales aspiran á revisar las hojas de servicio.

¿Contáis con la aristocracia? No hablemos de eso; ya he dicho antes, y si no, lo digo ahora, que es un mito: yo lo creo hoy como lo era durante la guerra civil, el elemento más inocente de la política española.

¿Contáis con la clase media? La clase media era antes progresista y hoy es radical casi en su totalidad, y no olvidad

que vosotros, cuando de nosotros os separasteis, hicisteis lo que han hecho aquí los antiguos moderados, reirse de sus costumbres, de su asistencia á ciertas tertulias, de la parte que tomaba en las luchas políticas; en una palabra, reirse de lo que ha venido siendo aquí el núcleo y el nervio del partido constitucional.

No habíamos del pueblo. El pueblo no ha querido nunca nada con el partido conservador, porque ese partido ha creído que no tenía derecho á participar de la vida política, y si por un momento le creéis digno del título primero de la Constitución, después habéis tenido vuestros momentos de arrepentimiento y de disgusto, y el pueblo, recordando todos estos hechos, lejos de apoyarnos, se ha ido á otro lado, con gran pena mía, lo sé ya quedado donde estaba, en el partido que nosotros representamos.

¿Pues qué es lo que representáis entonces? ¿Por qué sois conservadores? Yo os lo voy á decir, porque creo que en lo que voy á decir interese los sentimientos del país, hablo como pudiera hablar cualquier ciudadano español.

Yo sé á decir los elementos con que contáis, ¿verdad?

Tenéis unos cuantos generales, de más ó menos prestigio, cuyas espadas valen más ó menos, están más ó menos empuñadas, pero que ya no sirven. Tenéis un gran número de oradores ilustres, un cierto número de periodistas, acaso los más hábiles de la prensa, acaso los de más talento, no os lo niego; y después tenéis los cesantes á quienes colocáis cuanto fuisteis poder, los empleados que esperan ascender cuando mandéis, y después algunos amigos que no significan nada en política. Entretanto, yo creo que ni el valor del general Sraza, ni la grandilocuencia del Sr. Ríos Rosas, ni la laboriosidad y el talento del Sr. Sagasta, si es que está completamente con vosotros, ni todos vuestros generales, conseguirán formar un partido.

Señor presidente, yo siento impetrar la benevolencia de la Cámara á pesar de lo avanzado de la hora; pero no necesito decirlo siquiera para que todo el mundo comprenda lo fatigado que estoy.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión por algunos minutos.

Continuando al cabo de quince minutos, siguió diciendo:

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Después de haber dicho mi opinión, señores, diputados, sobre los tres partidos políticos, cuyos oradores han combatido el dictamen que se discute, tengo el deber, cumpliendo con el propósito que indiqué al principio, de afirmar en nombre del Gobierno, y creo seguramente que en nombre de la mayoría, y del partido radical, lo que hemos venido sosteniendo siempre. Cualquiera podría creer que al haber negado los medios y la fuerza con que creen contar los partidos que nos combaten, yo quería deducir que no había más partido que pudiera regir los destinos del país, que el partido radical. Nada más lejos de mi propósito; yo he de procurar con todas mis fuerzas que haya dos partidos políticos que se disputen, dentro de la órbita constitucional, la gobernación del Estado, y que uno y otro vivan á la sombra de la libertad y del derecho, respetando el derecho y la libertad de todos, respetando sin ambages ni reservas el título primero de la Constitución, y dejando abiertas todas las válvulas para que se manifieste la opinión pública.

Si amigo el Sr. Canalejas indicaba ya uno de los medios que podrían servir de fundamento á ese partido; ese medio era la Iglesia católica; dejándola en sus funciones especiales una libertad absoluta, es una verdad, señores, que la Iglesia es un gran elemento del partido conservador; esas ideas religiosas, á las cuales el fanatismo unas veces, la superstición otras, y casi siempre la hipocresía, que gentes que ahora se levantan á veces en nombre de la religión del Crucificado, podrían constituir una gran base para la existencia del partido conservador, que había de alternar con el partido radical en la gobernación del Estado.

Otro de los elementos que deben constituir ese partido es la aristocracia, ó sea aristocracia, á quien yo estimo en mucho, porque una gran parte de ella, más que en sus timbres y sus blasones, funda su nobleza en la integridad de la conciencia.

Pero es necesario decirlo, esta clase importantísima de nuestra sociedad sería, si quisieran prescindir los unos de su pereza, los otros de su egoísmo, los otros de sus preocupaciones, un gran elemento para el partido conservador, y podría este partido buscar el resto de sus medios para la lucha dentro de la Constitución en las clases medias y populares, poniéndose en contacto con ellas. Teniendo la Iglesia y la aristocracia, parte de la clase media, y de las clases populares, haría un gran bien á este país. Recuerdo que en otra ocasión dije, hemos votado ya una monarquía; hemos hecho una dinastía, nuestra misión ahora es clara: reclutar el partido conservador sus fuerzas en el carlista; nosotros las reclutaremos en los republicanos, y de ambos así una base amplia para la monarquía constitucional que deseamos sostener. Yo no pretendo el monopolio del poder ni de la política, y recuerdo esto que dije porque me convenia mucho. He hecho la descripción de los partidos como son; no como debieran ser, y paso al punto de las afirmaciones, con lo cual contesto á los que creen que algunas de ellas habían dejado de figurar en nuestro credo.

Nosotros somos hoy, como el 14 de Octubre, monárquicos constitucionales. No voy á examinar cuál es el sentimiento que á cada uno haya guiado para aceptar el art. 33 ni para defender la libertad.

Nada tengo que decir de la cuestión de orden público. Ya he manifestado al ocuparme de lo que han dicho otros, y deseo que no se traduzca en son de amenaza, nada de lo que pudiera decir, que mientras seamos poder viviremos dentro de la Constitución y de las leyes, y que si hubiera que usarse de facultades extraordinarias, al Parlamento vendríamos y ellas las concedería. Pero lo mismo, y aquí viene lo que quiero que no se traduzca en son de amenaza, en un país donde la policía, sin culpa de ningún Gobierno, no está educada; donde no hay sistema penitenciario, y cuando hemos renunciado en absoluto al sistema preventivo, este Gobierno será inexorable con el que se salga de las leyes para destruir lo existente.

Quiero que sepan esto lo que se han alzado en rebelión; las penas que les impongan los tribunales serán cumplidas; el país tiene necesidad de reposo.

No tengo para qué ocuparme de la cuestión religiosa. Recordando que ha habido un ministro en Francia en el reinado de Luis Felipe, que era protestante, y nunca dijo en el Congreso ni la palabra más ó menos el catolicismo; ni que aspiraba á que la Francia pensara como él.

Voy ahora á la cuestión de Ultramar. No tengo que protestar contra las apreciaciones que en las palabras de mi amigo el Sr. Salmerón. Admiró su talento, su instrucción, su palabra y su lógica vigorosa; pero no tengo que protestar,

porque empezó protestando contra lo que iba á decir S. S. mismo, manifestando que estaba solo, absolutamente solo, y que á nadie obligaban sus palabras.

Podrá ser una vulgaridad, una rutina, como dice S. S. en el terreno de la ciencia; podrá el Sr. Salmerón creer que dentro de quince, veinte ó cien años se le dará la razón; pero no es eso de lo que se trata ahora, en la situación actual de la isla de Cuba, en la que formando parte del territorio español se alza en armas cierto número de sus hijos proclamando la independencia, mientras que la mayoría de sus habitantes así como la mayoría de todos los españoles, creen que á todo trance debe defenderse nuestra bandera, y mirar á los rebeldes como á ingratos que desconocen los beneficios que de nosotros recibieron.

Peró se dice: ¿y aquella administración? ¿y aquellos voluntarios, á los cuales aplaudís sin que el rostro se os enrojeciera por la vergüenza? ¿Qué tiene que ver la administración que tenemos, procurar que sea honrada y buena, con la cuestión de la guerra? Respecto de los voluntarios, yo, que tengo la misma libertad de sentir que puede tener el señor Salmerón; digo que no se me enrojece el rostro defendiendo los voluntarios. Ni anatematizando á aquellos que han cometido indignidades prevaleciendo del nombre de la patria. (Aplausos.)

Vamos á la cuestión de la esclavitud. ¿Hay algún hombre medianamente civilizado que sostenga que debe existir la esclavitud, y que no sepa que es una de las cosas que más nos perjudican en el extranjero?

Yo deploro la suerte de los esclavos, y deseo que llegue el día en que la esclavitud quede abolida; pero no quiero decretarlo mañana, porque entonces los blancos, nuestros compatriotas, entrarían en los ingenios á reemplazar á los esclavos.

En cuanto á la instrucción pública, no tengo que recordar al Sr. Salmerón lo que yo he hecho; si los resultados han correspondido á lo que S. S. y yo esperábamos, es porque en este país todas las cosas son bastardeadas por las pasiones políticas.

La cuestión de quintas ha de ser objeto de un debate especial, voy á deslucir una equivocación en que han incurrido los Sres. Salmerón y Romero Ortiz.

Supongamos que las Cortes votan la cifra de 4.000 hombres, y que el país no da más que 20.000 voluntarios; cuál es el medio de tener los otros 20.000? Indudablemente no hay más medio que buscar un ejército obligatorio.

No tengo fuerzas, señores, diputados, para continuar hablando; y sólo he de decir á todos los señores que son diputados sin distinción de matices, que la salvación de la libertad consiste en agruparse todos alrededor de la dinastía de Saboya, y de la Constitución del 69. Si los monárquicos comprendieran sus intereses, no se fijarían tanto en la persona y no intentarían destruir una dinastía para sustituirla con otra; y si los republicanos se hicieran cargo de la situación en que estamos, y recordaran otras pasadas, ayudarían lealmente á que salváramos la libertad.

Si esta mayoría consiguiera demostrar á los republicanos con la monarquía y el título primero de la Constitución son compatibles, y consiguiera demostrar á los moderados que la libertad y el orden no son antitéticos, los hombres honrados de todos los partidos, y sobre todo, el gran número de españoles que no se han afiliado á ningún partido, que están esperando un Gobierno de libertad y de justicia, estarán á nuestro lado para sostener el orden público cuando se turbe la libertad, cuando sea atacada.

Tengo la seguridad de que esto ha de suceder, de que todos los españoles que viven del trabajo, de la industria y del comercio, se unirá á nosotros después que hayamos resuelto todas las cuestiones que tenemos que resolver.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: Si yo tuviera que dar parte de esta sesión como de una acción de guerra, diría que no pude seguir al enemigo por lo escabroso del terreno y lo adelantado de la noche.

El señor presidente del Consejo de ministros me ha hecho preguntas muy escabrosas. S. S. ha dicho: ¿de qué medios os pensáis valer para traer al príncipe Alfonso al trono de España? ¿Os pensáis valer de la fuerza? ¿De la conspiración? ¿O de los medios legales? El contestar á la primera pregunta es peligroso; mas le diré á S. S.: si realmente pensamos traer al príncipe Alfonso por medio de la fuerza, si estuviéramos en una conspiración, ¿creo S. S. que yo podría ni decirlo? Por lo tanto, tengo que concretarme á responder á la segunda pregunta.

Pensamos traer al príncipe Alfonso por los medios legales; es decir, pensamos hacer la opinión en favor nuestro, y estamos trabajando para hacer cuatro años para conseguirlo. Todos los partidos en estos cuatro años han ido al terreno de la fuerza; pero el partido moderado no ha intentado ni remotamente hacer pensar un acto de fuerza; no hay síntoma próximo ni remoto que haga creer que el partido moderado haya estado en ninguna conspiración.

Tenemos motivos fundados para creer que la opinión se rehace en favor de lo que nosotros pensamos, y en prueba de esto no tengo más que citar las preguntas que el señor presidente del Consejo ha dirigido á los llamados conservadores de la revolución. S. S. les preguntaba: ¿sois monárquicos? ¿Sois dinásticos? Pues si S. S. tiene duda de aquellos que han traído al príncipe de Saboya, ¿por qué no he de creer yo que la opinión del país se rehace en favor de nuestras opiniones?

Preguntaba también S. S. para el caso en que triunfaran nuestras opiniones, qué Constitución íbamos á dar al país, y esto es lo mismo que si se le hubiera preguntado á S. S. un mes antes de la revolución de Setiembre qué Constitución iba á dar. Entonces, cuando triste y solitario vivía en Londres, cuando no tenía esperanza de ser Gobierno, ¿cómo había de pensar qué Constitución había de dar? Nosotros únicamente podemos decir que somos monárquicos constitucionales, que gobernaremos con Parlamento y que las circunstancias serán las que determinen la clase de Constitución que conviene al país.

Dice S. S. que el último ministerio de la reina se perdió por irse á los neos. Yo creo que el Gobierno actual está en la misma situación; á la reina la abandonaron muchos en los últimos tiempos; como ahora abandonan otros al partido radical, y si aquel Gobierno se unió á los neo-católicos éste se inclina á los republicanos, de manera, que no habrá necesidad de grandes trastornos para traer el régimen que nosotros queremos.

Me ha llamado la atención que S. S. haya dicho que los conservadores de la revolución no cuentan más que con unas cuantas espadas empuñadas. Creo que si no hubiera sido por esas espadas no estaría S. S. en ese sitio, y creo además que las palabras que S. S. ha pronunciado pueden servir para afilárselas.

En último resultado, voy á concluir con el argumento

constante de que este Gobierno y los anteriores no saben gobernar más que con nuestras doctrinas, puesto que en resumen lo que ha dicho S. S. es que nadie se meterá con aquel que reconozca la Constitución del 69 y sea obediente á las leyes. Pues esto es lo mismo que hemos hecho nosotros: todo el que estaba contento con la Constitución del 45, y no conspiraba, estaba seguro. ¿Qué es lo que propone S. S. para aquellos que se salgan de la legalidad? Les promete la represión más dura que se ha prometido aquí, pues creo que hasta les promete ser fusilados. (Varios señores diputados: No ha dicho eso). Bueno; les promete una grande represión. Pues el partido moderado, en iguales circunstancias, ha hecho lo mismo.

Concluyendo, pues, resulta que nosotros no pensamos en conspiraciones; que este es un negocio que no puede ventilarse en el Parlamento, y que únicamente puedo decir que por todos los medios legales procuraremos atraer la opinión, y conseguido esto después, ya es fácil llegar á una solución satisfactoria para todos.

El señor conde de TORENO: No me prometa, señores, diputados, tener que terciar en un debate tan solemne como lo es el del mensaje; pero el señor presidente del Consejo de ministros ha creído conveniente aludirme de una manera expresa, y si bien me ha dedicado algunas frases benéficas, como parecía que su alusión envolvía cierta duda sobre la veracidad que pudiera encerrar las afirmaciones que yo hice el otro día recogiendo una indicación del Sr. Taura, me he creído en el deber de levantarme á decir algunas palabras más que aclararan perfectamente á S. S. mis opiniones y la situación, según mi juicio, del partido alfonsino, situación puesta en claro ya por mi amigo el Sr. Collantes, á cuyas palabras, no tengo que añadir más, que ligerísimas indicaciones.

He llamado la atención la manera con que el señor presidente del Consejo de ministros ha dado término á este debate: yo creía que el deber del Gobierno y del presidente del Consejo cuando se levanta á resumir un debate tan importante era reñir los cargos, condensarlos y contestar inmediatamente á ellos; más no ha sido esta la táctica de S. S.; ha sido otra muy contraria. En vez de defenderse ha ido preguntando una por una á todas las oposiciones como opinamos sobre cuestiones tan candentes, que no sé cómo un presidente del Consejo de ministros se atreve á lanzarlas, en una Cámara, con peligro de que una persona imprudente pueda decir aquí cosas inconvenientes y perturbadoras.

Yo, señores, que procedo del campo moderado, he aceptado el lema de alfonsino, y, por otra parte, desde la revolución, aceptando los medios legales, he ido un día y otro recorriendo los caminos para rehacer la opinión en favor de mis doctrinas. Pero el señor presidente del Consejo me pregunta hoy si conspiramos, y voy á contestar terminantemente. Nosotros pretendemos hacer triunfar nuestra causa valiéndonos de los medios que se nos conceden por la ley; pero yo no puedo responder de que, una vez hecha la opinión en nuestro favor, no haya en nuestro partido quienes se guen por el mal ejemplo que habéis dado á este país vosotros los revolucionarios de siempre.

Voy á terminar, y lo haré diciendo poco más ó menos las mismas palabras que ha dicho ya el Sr. Esteban Collantes. Las palabras del señor presidente del Consejo de ministros son la mejor propaganda, sirven para el mayor contentamiento de los que difunden mis ideas, porque ellas demuestran bien claro que ya en las esferas del Gobierno se les teme, que ya se quieren conocer sus motivos, para ver de evitar en lo posible un triunfo que es inevitable, porque han pasado ya y se han desvanecido las ilusiones que algún día pudo concebir el país.

Me dicen aquí al lado que yo mismo no creo lo que estoy diciendo, y debo contestar únicamente que nunca hablo en este sitio más que con completa seriedad y que tengo fe viva y ardiente en el triunfo de unas ideas alrededor de las cuales se agrupan cada día más los elementos del país.

El Sr. ULLOA (D. Agustín): No teman los señores diputados que la hora avanzada en que estamos y tan causada como está la Cámara, vaya á pronunciarse un discurso. Pero las preguntas del señor presidente del Consejo, calificadas ya aquí de algo imprudentes, me obligan á darle algunas contestaciones que procuré sean breves. Páreceme á mí, señores, que el discurso de S. S. hace más daño á lo que S. S. quiere defender que muchos de los ataques que se le dirigen. El señor presidente del Consejo, en su afán de hacer preguntas á todo el mundo, ha empezado por los republicanos y ha terminado por el pardo que más se aproxima á S. S., pero en vez de seguir esta gradación en el ataque, ha tratado á los republicanos con dulzura, á los moderados con benevolencia, y sólo ha tenido animosidad manifestada para con nosotros. Su señoría nos preguntaba qué éramos y qué representábamos. Esa pregunta se puede dirigir á Gobiernos que tienen poca fe, y que unas veces se inclinan á un extremo y otras á otro; que en un mismo día, según el ministro que habla, se puede creer que son más ó menos monárquicos. Esa pregunta se puede hacer á aquellos que, llamados monárquicos, consideran la monarquía como un mero accidente; pero no puede hacerse á un partido como el nuestro, y cuando se le hace tiene derecho para no contestar. Y sólo por deferencia á la persona del señor presidente del Consejo le diré yo que lo que somos y lo que queremos está escrito en el manifiesto de Julio, que no está retirado.

Después de eso S. S. ha querido hacer un inventario de los elementos que componen nuestro partido, y ha dicho que contábamos con algunas espadas más ó menos empuñadas. No necesito yo recusar este ataque, que lo ha sido ya por un adversario más de la manera que merezco; el Sr. Esteban Collantes ha dicho ya que al vez las palabras de S. S. podrían servir para afilar esas espadas, que estarán en su día donde deban estar sin acordarse de ingratitudes ni de insultos; porque la única resolución que tienen firme es la de servir, como siempre, á los intereses que se han creado.

En ese sentido S. S. no ha hecho nada que pueda comprometer á la situación actual; lo único que ha hecho ha sido mostrarse desagradecido con esas espadas que le ayudaron á salir de la Zurugosa y le allanaron el camino para sentarse en ese banco.

Después analizaba S. S. nuestro partido y no encontraba en él ningún elemento social; unos cuantos periodistas, unos cuantos oradores, algunas espadas empuñadas y algunos cesantes. Y vosotros ¿qué sois? Para contar vuestros elementos yo aguardo á que haya tres meses que estéis caídos. Oigo decir que cuando caigis seréis más que sois ahora; pues entonces, si cuando estais caídos tenéis más elementos que ahora, ¿por qué hicisteis la coalición buscando elementos que no teníais?

Me invita S. S. á que haga unos ciertos manifestaciones. Nosotros no somos amigos de ellas, aun á riesgo de que se nos juzgue un partido pequeño, y así es que nunca vereis que nos reunamos para hacer manifestaciones como las del 4 de

Octubre, ni para celebrar reuniones como las del Circo de Price.

El Sr. SALMERON (D. Nicolás): El cansancio de la Cámara, la gravedad de las declaraciones hechas por el Sr. Ulloa, y aun mi mismo estado personal, me impiden extenderme en algunas consideraciones que exigían de mí los discursos del Sr. La Hoz, del Sr. Becerra y del señor presidente del Consejo.

Yo había dicho que si había algún hecho notable en la historia era que el progreso se había verificado, no sólo á pesar del catolicismo, sino contra él, y pidió la palabra el Sr. La Hoz para pretender probar que todo el progreso cumplido en las sociedades antiguas y modernas lo había sido por el catolicismo. Es imposible que ahora entremos á discutir esto; pero me bastará afirmar de nuevo que no hay nada que haya progresado desde el siglo xiii acá que se haya inspirado en el catolicismo. Se inspiran en él las ciencias modernas? No; el movimiento en las ciencias positivas le representan Augusto Comte, Brownski; en las ciencias morales y políticas, Strauss, Renan; en las artes, Schiller, Goethe; en todas sus manifestaciones, reformas y protestas contra el catolicismo.

Todo cuanto se ha hecho desde el siglo xiii acá se ha hecho, no sólo contra el espíritu católico, sino que empieza á hacerse ya contra el espíritu cristiano. ¿Qué especie de consorcio puede existir entre el progreso y el espíritu católico, después de Julio VII y de Gregorio XVI, después del Syllabus y del último Concilio? ¿Qué consorcio puede haber entre lo que quiere emancipar la conciencia humana y lo que quiere petrificarla?

Y yo, al tocar esta cuestión, lo que quería era que no se incluyera en el mensaje un párrafo que no debe existir, porque nosotros no tenemos aquí misión de ninguna religión positiva; pero vuelvo á preguntar al Sr. La Hoz: ¿se ha hecho la unidad de Italia por la Iglesia católica, ó contra ella? ¿se ha cumplido en favor de la Iglesia la transformación de la católica Austria, y la que experimentan los Estados del centro de Alemania y los Estados Unidos?

Deje esas ilusiones al Sr. La Hoz.

A mi amigo el Sr. Sorral, cuyas creencias católicas yo respeto, le diré que no es el catolicismo que S. S. protesta el que vive en el Vaticano. Puede además el Sr. Sorral olvidar que la libertad del pensamiento, base fundamental de todos los derechos, está reprobada por la Iglesia? ¿Olvida el señor Sorral, no puede olvidarlo como democrata, que no hay otro poder en la democracia republicana que la soberanía nacional, que está condenada por un Concilio?

Pero dejando este punto á un lado, y pasando por un incidente que no quiero ni siquiera recordar, como no sea para agradecer la conducta del digno señor presidente de la Cámara, voy á ocuparme de la cuestión de Ultramar, sólo para afirmar lo que tengo dicho, en la seguridad de que nadie será osado á contradecirlo. Lo que yo sostengo no es una doctrina traída de las solitudes del gabinete de un soñador científico; en lo que he manifestado acerca del principio á que debemos arreglar nuestra conducta en las provincias ultramarinas, encaminándola á que la emancipación sea lo más pronto posible, no he hecho más que ser un humilde copista de lo que en otra ocasión dijo el que hoy es presidente de la comisión de mensaje, que sostuvo esa misma idea, como la sustentó el Sr. Moret al traer el proyecto de Constitución defendiendo esas mismas doctrinas.

Yo, que no soy hombre práctico, que vivo en la utopía, reto, sin embargo, al señor presidente del Consejo, á que me cite un sólo ministro de las Colonias, fuera de los de España, que no sostenga la doctrina de la emancipación.

Por lo que hace á los voluntarios de Cuba, he manifestado ya que yo distinguía entre los que no han hecho más que perturbar la administración, desordenar y cometer crímenes, y los que, aunque no muchos, algunos servicios han prestado. Y tampoco en esto he sido más que un copista de lo que han dicho algunos periódicos.

En un artículo publicado en uno de los diarios de Madrid con el epígrafe de Constitución de Puerto-Rico se decía lo siguiente: «Los insurrectos de la derecha, que por fortuna no constituyen sino una minoría respecto de una población morigerada, sensata y sinceramente patriótica, estos insurrectos tan fanáticos, tan intransigentes como los otros, no les ceden en ferocidad; su bandera es un españolismo exagerado y fantasmagórico, con el que cubren su verdadero objeto, que no es otro que explotar á mansalva el país.

Quiéren que se conserve la esclavitud para continuar improvisando fortunas con la trata; aborrecen la libertad de imprenta, porque es un impertinente delator de todos los manejos que se han solido emplear en determinados negocios mercantiles, sobre todo con relación á las aduanas, á ciertos contratos y al fisco; se oponen á una Constitución que haga participar en el Gobierno de la isla á los hijos del país, porque esta participación les quitaría muchos empleos lucrativos, muchos Gobiernos de pueblos en que valiéndose de medios reprobados, es fácil hacer grandes fortunas.

¿Necesito leer más? Pues esto decía EL IMPARCIAL, de que es propietario, y creo que entonces era también director, el actual ministro de Ultramar.

Juzgar ahora si he estado duro con los voluntarios de Cuba.

No he de decir más sobre Ultramar; si lo que ahora he manifestado ha podido dejar mala impresión, ocasión vendrá en que eche raíces en el espíritu de los españoles. Como no quiero molestar demasiado al Congreso, me dispensará mi amigo el Sr. Becerra que recoja sólo dos de sus afirmaciones. Decía el Sr. Becerra que no es la monarquía, ni menos la dinastía, un fin para un pueblo, sino una cosa accidental y pasajera.

Según esto, no nos separa más que una apreciación histórica del momento. Podrá el Sr. Becerra creer que la dinastía ha de asegurar la libertad: nosotros creemos, por las tristes pruebas que esta dinastía ha dado de no querer cumplir la Constitución del Estado, que eso no es posible y que sólo el régimen verdaderamente democrático es el que puede garantizar y consolidar la libertad.

Esto me lleva á recoger una indicación que ya el día pasado hizo el señor presidente del Consejo de ministros, y en la cual, aunque no tanto, he insistido hoy. Yo no daba á S. S. un consejo, le exponía sólo una consideración, por la cual entendía yo que no sólo quien de radical se precia, sino quien se reconociera como miembro del Poder ejecutivo, era menudado porque redunda en mengua del puesto que se ocupa al consagrar el poder al monarca.

Entonces decía yo: ¿pueden creer los ministros, que el poder lo ejercen para que la dinastía se perpetúe en nuestra patria, ó entienden que les ha sido dado por el país y mediante las manifestaciones de la opinión pública, de las cuales es un órgano el monarca? Si yo no soy un soñador, y si

no lo es conmigo Benjamin Constant, no es posible entender de otro modo el Poder ejecutivo, ¿a quién debeis la lealtad? ¿Al monarca, ó á la nación? Si os vérais en el caso de ser desleales con uno de los dos, ¿lo seríais con vuestra patria?

Si dentro de la Constitución os legais á persuadir de que lo que exige el bien del país es la forma republicana, ¿no la abrazaríais como españoles que amais el derecho y los medios y los instrumentos que para realizarlo se os ofrecen? Vea el señor Ruiz Zorrilla, después de estas explicaciones, si le aconsejaba yo algo que fuera deshonroso. Estimo mucho mis convicciones, pero no quiero que vengan al poder por medios indignos é inmorales.

Voy á hacérmelo cargo de una pregunta que me dirigió el señor presidente del Consejo de ministros. Yo deseo que otros amigos de esta minoría tengan ocasión de hablar, para que digan cuál es la actitud del partido republicano en la crisis que atraviesa España, y creo que no tengo necesidad de nombrar al Sr. Pi y Margall para que se sepa que á él aludo. (El Sr. Pi y Margall pide la palabra)

Por mi parte, y hablando solo por mi propia y exclusiva cuenta, una y cien veces he dicho, no sé si con aplausos de mis amigos ó contra sus aspiraciones, que mientras haya esfera legítima en el derecho constituido para que las ideas se manifiesten, para que puedan con la fuerza del razonamiento y de la persuasión ir abriendo los espíritus, lo tavia cerrado al progreso de los tiempos, condenaba en absoluto, el uso de la fuerza; y también he dicho que en el momento que la esfera del derecho fuera borrada y no hubiera medio legal para hacer valer las ideas y las aspiraciones, apelaría al supremo derecho de la fuerza, en la convicción de que hacia uso de un principio salvador, para luchar contra la opresión y la tiranía. Además, señores, condeno en absoluto toda conspiración que no tenga otro objeto que obtener el poder y que sólo pueda ser legítima por el éxito en la opresión.

El Sr. PI Y MARGALL. Agradezco que el Sr. Salmerón me haya aludido, porque me da ocasión para decir cuál es la conducta del partido republicano en las presentes circunstancias.

Empezaré por hacérmelo cargo de las últimas palabras que ha dirigido á mi partido el señor presidente del Consejo de ministros.

Confieso que no cabe mayor libertad que la que hoy gozamos. Pero esta libertad tiene por asiento la ley, ó tiene la tolerancia del Gobierno? Todos sabéis que nuestras libertades individuales están mutiladas y mermadas en el Código penal que está en vigor; vosotros no hacéis uso de esos artículos del Código, pero mañana vosotros ó cualquiera otro puede aplicar esos artículos, y esa será la libertad que tendremos. El señor presidente del Consejo nos decía: la libertad la tenemos hoy asegurada y escudada por la actual dinastía. Yo recordaba tristes sucesos: recordais lo que sucedió en las primeras Cortes legislativas; vino al poder el partido radical, duró tres meses, y cuando cayó por la cuestión de la presidencia subieron al poder los conservadores de la revolución, ¿y qué sucedió entonces? Que después de una sesión de diez y siete horas, cuando estaba muerto aquel ministerio, subió á la tribuna el Sr. Malcampo y leyó el decreto de suspensión, que era la más sangrienta burla que ha podido hacerse del poder legislativo.

Y cómo han subido los radicales otra vez al poder? ¿Era acaso porque tenían mayoría en el Parlamento? Pues si todo esto es así, ¿cómo hemos de creer que tenemos un escudo de la libertad y del parlamento ismo en la actual dinastía? ¿Por dónde podéis creer que tenemos asegurada la libertad, y pretender que aceptemos la monarquía, como nos proponía hoy el señor presidente del Consejo de ministros? No, nosotros no podemos transigir jamás con la monarquía; amamos la libertad, la tenemos en nuestros principios, y sabemos que la soberanía nacional es incompatible con el poder permanente y hereditario. Su señoría cree que la diferencia que nos separa es la forma del poder ejecutivo, y está S. S. en un error; los republicanos federales tenemos todos un sistema, no solo político y económico sino social, y he aquí por qué damos gran importancia á la república federal.

Y así las cosas, ¿qué extraño es que hombres llevados de un noble entusiasmo se levanten en son de guerra contra el Gobierno cuando creen que la libertad está en constante peligro y que las instituciones que nos rigen y todo lo que hoy existe es en cierto modo interino? No creáis que vaya á defender el movimiento del Ferrol; ese movimiento nos ha sorprendido tanto á nosotros como á vosotros, y tanto es así, que creímos en un principio que era alfonso, y aun hoy desconocemos el origen, carácter y tendencias de ese movimiento. No lo aceptamos, no estamos con ellos, porque creemos que, mientras estén aseguradas las libertades individuales y podamos manifestar y defender libremente nuestras ideas, las insurrecciones dejan de ser un hecho y pasan á tener el carácter de verdadero delito. No por esto tengo una sola palabra de amargura para esos hijos del pueblo, que han puesto en peligro su libertad, su vida, la suerte de sus familias y la honra de nuestra bandera.

Vosotros podéis tener en parte la culpa de ese movimiento, porque habéis defraudado todas las esperanzas que hicisteis concebir al entrar en el poder. Vosotros prometisteis el jurado sin necesidad de aguardar á que las Cortes estuvieran abiertas, y sin embargo, el jurado no existe. Habéis prometido abolir las quintas, y sin embargo, no sólo conservais el servicio forzoso, sino que le hacéis extensivo á todos los pobres hasta los 26 años, no sólo en tiempo de paz, sino en el de guerra. Vosotros prometisteis armar al pueblo, y estuvisteis dispuestos á hacerlo mientras visitéis en las provincias del Norte facciones. Desde el momento en que aquellas desaparecieron, gracias á un convenio que os escandalizó, dejasteis de tener prisa para armar el pueblo. Y luego, cuando hay facciones en Cataluña, y entran en los pueblos, y exigen contribuciones, y toman rehenes, y secuestran en los trenes de los ferro-carriles á vuestros soldados, todavía no armáis al pueblo.

Y en el terreno económico, ¿qué no prometisteis? Y sin embargo, ¿qué habéis hecho? Vosotros seguíis llevando la Hacienda por los mismos derroteros por donde la llevaron vuestros antecesores, cuando estos no pueden conducir más que al abismo.

Vosotros, que tanto censurasteis el contrato con el Banco de París, repetís ahora las monstruosidades pasadas, conviniendo con ese Banco, no sólo sobre operaciones de tesorería, sino sobre los intereses del Estado. Predicabais la moralidad, decíais que era preciso un grande escarmiento, y sin embargo, no os atrevéis á formular la acusación contra el ministro pasado por la transferencia de los dos millones, dando lugar á que se crea que no lo hacéis porque ellos tienen contra vosotros mayores acusaciones que las que vosotros tenéis contra ellos.

Comprended que eso es imposible, que tenéis el poder establecido sobre muy frágiles cimientos, y si queréis que la

paz se mantenga en España cumplid lo que habéis ofrecido y lográis que los pueblos se aquieten y que la tranquilidad sea durable.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS. Siento tener que molestar á la Cámara otra vez; pero es necesario que lo haga, porque hay rectificaciones de que no puedo prescindir en el momento.

Empezaré por deshacer una equivocación del señor conde de Toreno, á quien no acusé de que hubiera conspirado ni de que estuviera conspirando.

Nada tengo que decir al Sr. Esteban Collantes, cuyas palabras son las de un hombre que sabe decir todo lo que quiere, causando gran efecto en el país, y sobre todo en su partido. Pero S. S. dice que todos somos lo mismo, puesto que yo he dicho que castigaría con rigor. No, el partido moderado castigaba las ideas y nosotros castigáremos los hechos, debiendo tenerse en cuenta que no hemos impuesto una sola pena de muerte por delitos políticos, á pesar de la insurrección carlista, cosa que no ha dejado de hacer nunca el partido moderado.

Dije antes que varios generales tenían sus espadas empuñadas, y el Sr. Ulloa lo ha traducido en el sentido de que yo podía dudar de que esos generales llevaran con dignidad sus espadas.

No, eso no es exacto; el empuñamiento que yo encontraba era que no crea en el efecto que podrían hacer sus amenazas en el país. Por lo demás, si aflan, como dice el Sr. Esteban Collantes, me tiene sin cuidado; lo sentiré por mi país, á cual sólo le faltaba que volvieran á hacer y á deshacer la revolución los militares españoles.

Al Sr. Ulloa debo decirle que no he tratado en nada de odiarlo, y que estoy muy agradecido á los generales que contribuyeron á la revolución; pero ya discutiremos quién la hizo, y veremos en qué parte ha contribuido cada cual á ella; que no es justo que se diga diciendo que sólo dos, ó tres, ó cuatro generales la han hecho.

En cuanto á la manifestación de 4 de Octubre, yo debo decir que, después de presentada mi dimisión, el rey me rogó que continuara, á lo cual me resistí, como me resisto siempre cuando tengo una resolución formada. Al día siguiente fue cuando se hizo la manifestación; puede decirse que se hizo para que se me confiriese el poder, que yo no quería aceptar. Por eso me niego á aceptarlo, yo nunca el poder; en algún momento crítico hubiera podido obtenerle sin más que manifestar el deseo y no lo hice porque no hay nada más indigno, en mi concepto, que recibir el poder cuando una amenaza, por medio de una indignidad, ha hecho que se reciba.

Conste también al Sr. Ulloa y á sus amigos, que yo no he dicho que lo que hagan sea por ambición del poder, y menos podía decirlo al Sr. Ulloa, á quien he visto rehusar un ministerio varias veces, ni al Sr. Romero Ortiz, que la primera noticia que tuvo de que iba á ser ministro en el Gobierno provisional, fue cuando le fueron á buscar. Lo que yo he dicho ha sido que si S. S. no buscan otros elementos, no tendremos, con sentimiento mío y para mal de la patria, partido conservador.

Al Sr. Salmerón no le digo más que darle gracias por la benevolencia con que me ha tratado, y al Sr. Pi sólo le diré que me felicito de su declaración de que nada tiene que ver esa minoría con el movimiento del Ferrol, y que ignora las causas que le motivan. Todo el mundo ha visto la prudencia del Gobierno, que se ha limitado á decir quién manda á los insurrectos y la bandera que tremolan.

Me felicito también de la declaración de que el partido republicano condena los movimientos de fuerza. La única manera con que puedo darle las gracias es decir al Sr. Pi que se ha equivocado, que no hemos fallado á nuestras promesas, y que las hemos de realizar todas, y el tiempo dirá al Sr. Pi si hemos de consolidar la libertad á la sombra de la monarquía.

El Sr. GONZÁLEZ CHERMA. Pido la palabra para una alusión personal.

El Sr. PRESIDENTE. No creo que se haya aludido á S. S. El Sr. GONZÁLEZ CHERMA. La pido para explicar mi voto (Varios señores: A votar, á votar). Pues como que he pedido la palabra y no he podido explicar lo que me había propuesto.

Consumidos los turnos de reglamento, se procedió á la votación, que fue nominal, y quedó aprobado el mensaje por 205 votos contra 68.

Se leyeron y pasaron á la comisión, una enmienda al proyecto de ley sobre el ferro-carril de Malpartida y otra al relativo al llamamiento de 40.000 hombres al servicio de las armas.

El Sr. PRESIDENTE. Orden del día para hoy miércoles: Discusión del proyecto de ley llamando á las armas 40.000 hombres, y demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Erán las cuatro y cuarto.

SECCION EDITORIAL.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

CONGRESO.

En la sesión de ayer se puso al debate el proyecto de reemplazo del ejército, que atacaron duramente los Sres. Navarrete y Olave, y fué defendido como Dios quisio por los Sres. Lafite y general Córdova.

La falta de espacio nos impide extendernos como quisieramos en consideraciones respecto de este punto.

SENADO.

Por fin se comenzó en la sesión de ayer, celebrada por la alta Cámara, la discusión del tan malogrado proyecto de mensaje. La enmienda del senador republicano Sr. Cala, fué la discutida en parte por creen el presidente que era la que más se alejaba del dictamen de la comisión.

Gratamente sorprendidos quedamos en la sesión indicada al ver en el Sr. Cala un hombre sensato, prudente y comedido, en vez de un émulo de Rubau como había motivos para creer acerca de un ex-redactor de El Combate.

El discurso del Sr. Cala, sin tener esas galas oratorias propias de los buenos oradores, es correcto, revela bastante erudición, y en el fondo, presin-

diendo de las ideas políticas que sustentaba, es bueno, Parrafo por parrafo combatía el Sr. Cala el proyecto de mensaje, y sus argumentos eran tan lógicos, que los radicales no podían menos de conocer la desventaja por su parte.

Fácil le fué al orador republicano probar que siendo la monarquía una institución conservadora, no eran los radicales los que podían representar sus intereses ni menos servirle de apoyo, y que en esos derechos individuales, ilegales según los cimbrios, se limitan los derechos naturales que tanto pregonan, porque sin tales limitaciones, la monarquía no podría existir.

El Sr. Morales Díaz, que fué el encargado de contestar al Sr. Cala, estuvo tan desgraciado y tan ampuloso, que de seguro nadie más que los señores senadores Calatrava y Montero Tellinge, dedicados á rendir homenaje á Morfeo, pudieron comprenderle.

Para probar lo inconveniente que estuvo el senador radical, bastará decir que sostuvo que el bello ideal de la democracia consistía en que todos, absolutamente todos los ciudadanos, estén obligados á defenderse á sí propios con las armas en la mano, porque es á su juicio indigno é ignominioso que haya una guardia mercenaria dedicada á defender los intereses de otros.

El haber terminado las horas de reglamento fué causa de que se suspendiera la discusión sin haber entrado en las rectificaciones.

SILENCIO DEL GOBIERNO.

Es verdaderamente ineficaz la conducta que este infatigable Gobierno sigue actualmente con motivo de los sucesos del Ferrol, cuya gravedad nadie desconoce y aumenta de día en día. Cuando nuestro amigo el Sr. Sagasta era ministro de la Gobernación, tanto en tiempo de la insurrección republicana como en la época del levantamiento carlista, todos los telegramas, to las las noticias que al orden público se refirían, estaban á la disposición de toda la prensa sin distinción de matices, y por tal medio el país conocía perfectamente la situación porque atravesaba y los problemas políticos que se resolvían.

Hoy que la chusma, los hombres de la mal llamada moralidad están en el poder, lejos de imitar aquella conducta, guardan el silencio más impensable, la reserva más absoluta: acerca de los graves, gravísimos sucesos que hoy ocurren en esta desdichada patria; y en tanto el país se halla sumido en la duda, en la incertidumbre acerca de lo presente y de lo que quizá se le prepara para el porvenir.

El Sr. Zorrilla que prometía la publicidad más grande en todo, absolutamente en todo lo que á la política general y la administración se refiriese, faltando á su promesa, como ha faltado á todas cuantas hizo en diversos programas, es hoy el que acude á las Cámaras á pedir le dispensen de dar conocimiento exacto de los sucesos del Ferrol. Con este proceder impropio de un Gobierno que se llama liberal, se consigue únicamente hacer cundir la alarma por todas partes y llevar la intranquilidad y el desasosiego á los pueblos, aumentando la perturbación y el general desconcierto que en el país existe.

Cuando en los pasillos del Congreso circulaban á propósito del Ferrol los más alarmantes rumores, cuando se decía haberse notado síntomas de desorden en Trubia y Figueras; cuando en las provincias andaluzas es tal la agitación reinante que hasta se aseguraba que en alguna de sus capitales se había dado el grito de rebelión; cuando se asegura públicamente que Baldich ha sido derrotado en Cataluña; cuando se cree que Sánchez Bregua ha sido arrojado de las puertas del Ferrol con grandes pérdidas; cuando se insiste en que los sublevados lo son en gran número y con algunos buques importantes; cuando se cree que el movimiento iniciado en las costas de Galicia tendría su eco en otra parte, era lógico y hasta necesario que el Gobierno dijera la verdad al país que tiene derecho á saberla. ¿Por qué no lo hace? ¿Por qué encerrado en tan absoluta reserva, da motivo á que la alarma cinda y los rumores aumenten y los hechos se exageren? Hé aquí lo que no comprendemos ni nos explicamos. ¿Consiste acaso en que la gravedad de los sucesos es tal, que el Gobierno se crea impotente para dominarlos? ¿O es que conviene á sus ocultos propósitos que la desconfianza, el mal estar, la perturbación, en una palabra, cundan por todas partes para justificar algún acto criminal que proyecta llevar á cabo en estos instantes?

Tales cosas hemos visto y tales sucesos hemos presenciado desde que esta cáfila de aventureros disponen á su antojo de nuestros destinos, que no nos sorprendería ciertamente que nos dieran otra nueva prueba de su deslealtad, de su inconsecuencia y de su cinica y descarada audacia. Pero en tanto que esto proyectan, el país tiene el derecho de exigir del Gobierno la más lata publicidad, tiene derecho de conocer á dónde se le lleva y la verdadera situación por que atravesamos; de lo contrario, habrá motivos para creer que este Gobierno, guardando reserva sobre sucesos de tan alta trascendencia,

prepara la realización de planes indignos, que darían al país días de luto y amargura. El Sr. Salmerón y Alonso decía en el Congreso á los ministros: «que tuvieran el valor de sus convicciones, y se llamarían republicanos, toda vez que todos lo eran», y nosotros, parodiando las frases del orador republicano, debemos decir á los enfatuados hombres de la chusma que tengan el valor de decir al país los peligros que le cercan; en una palabra, que le muestren completamente su angustiosa situación, y vea las medidas que toman sus representantes para conservar el orden. Esto sería lo lógico, lo digno y lo decente; pero la chusma, para quien son desconocidas estas nociones de moralidad, prescinde de ello: hágalo en buen hora, que nosotros, y con nosotros el país, tendremos derecho á acusar á sus hombres de haber engañado á este en asuntos gravísimos que tenían el imprescindible deber de hacer públicos.

LO DEL FERROL.

Las correspondencias y noticias particulares que empiezan á recibirse del Ferrol, permiten añadir algunos detalles á los ya conocidos de nuestros lectores. Desde luego se sabe que los insurrectos cuentan con un buque más, ó sea la goleta de vapor Buenaventura, y la Lealadad tiene, por cierto, que entre los sublevados, no sólo se encuentran las marinerías y obreros del arsenal, sino que así mismo formó con ellos la infantería de marina que allí existía, más tropa y oficiales del batallón de Cuenca, cuyo coronel, casi solo, fué de los primeros á encontrarse al Sr. Sánchez Bregua camino de la Coruña.

En esta capital las simpatías por los insurrectos eran grandes, y se decía á la salida del correo que estos iban á destacar algunos buques para tomar la plaza, empresa fácil contando dentro con inteligencias, por estar completamente desgarnecida.

Hasta ayer, al decir del mismo periódico republicano, no han tenido listas los insurrectos republicanos todas sus fuerzas navales, que hoy consisten en los siguientes buques en estado de combatir:

- Fragata Carmen, de 40 cañones.
 - Fragata escuela Asturias.
 - Corbeta Mazarredo, de 16 cañones.
 - Goleta de vapor Buenaventura.
 - Vapor Cádiz, de 4 cañones.
 - Varias lanchas cañoneras.
- Todos estos buques son de madera, pues si bien tienen los republicanos un magnífico buque blindado, la fragata Sagunto que puede dignamente competir con la Victoria, y aun le aventaja, ya que no en tamaño, pues el segundo buque de la armada española, al menos en condiciones, marinerías, calibre y potencia de sus cañones; está reparándose en el astillero, y no es posible calcular con exactitud el día fijo en que podrá estar habilitada.
- Se comprende, pues, que ante fuerzas tan importantes, y los 126 cañones que existen en batería en el arsenal, el general Sánchez Bregua, vacile en intentar nada, á pesar de las órdenes reiteradas que el Gobierno envía, y á las cuales contesta el capitán general de Galicia reuniendo su consejo de guerra para someter á él la cuestión y la responsabilidad de un posible fracaso.

Créese que por razón del temporal la fragata Victoria, que debía estar ya en las aguas de la Coruña, según los inteligentes, no llegará hasta dentro de dos ó tres días.

La verdad es que sólo se ha tenido que declarar en estado de sitio los partidos judiciales enteros del Ferrol y Puentedeume, que el general Sánchez Bregua no puede hacer nada sin grave riesgo antes de que le lleguen refuerzos de mar y tierra, y que si los republicanos toman la ofensiva y operan contra la Coruña, pueden poner en un conflicto á las fuerzas del Gobierno; y en este sentido corren rumores que el silencio del ministerio autoriza como exactos.

Por el ministerio de la Guerra se publica el extracto de los despachos telegráficos recibidos en este ministerio hasta la madrugada de ayer:

FERROL.—La fragata Carmen salió del Arsenal en la tarde de ayer, haciendo fuego al cuartel de Batallones; después se trasladó frente al baluarte de la Libertad, seguida de algunas lanchas; pero ni estas ni aquella han producido con sus fuegos dabo alguno que lamentar.

Las baterías de la plaza han contestado enérgicamente, dirigiendo también sus fuegos sobre el Arsenal y los buques que entran y salen de él.

Varios insurrectos que se han fugado, han participado que otros muchos quieren huir también; pero se les hace imposible por la vigilancia que ejercen sobre ellos los más comprometidos.

La mayoría de los insurrectos está estrechada en el arsenal, y se encuentran desalentados. El Ayuntamiento ha pedido al capitán general veinte y cuatro horas de tregua, que no le han sido concedidas.

Los refuerzos llegaron anteayer al Ferrol; y el vapor Cantabria, con unas compañías de Meadgoria, volvió de arribada á Gijón por el mal tiempo.

La Reconquista escribe á propósito de los sucesos de que nos ocupamos:

«Los republicanos insisten en que hay algo de

tropa con los insurrectos, y aseguran además que en pequeños encuentros parciales no ha quedado el ejército muy bien parado.

Si algo de verosimilitud tienen estas noticias, es el silencio del Gobierno, mucho más si se tiene en cuenta que, según las seguridades que ayer dió, a estas horas debía ya haber empezado el ataque Sánchez Bregua, y sin embargo, nada se dice.

Otro periódico, con el fin de dar a conocer la verdadera importancia de la insurrección, aseguraba anoche que los insurrectos tienen a su disposición CATORCE BUQUES.

Nosotros no los hemos contado; pero lo cierto es que, según parece, el Sr. Sánchez Bregua no puede tomar la ofensiva contra los rebeldes por no tener fuerzas bastantes, lo cual ha comunicado ya al Gobierno.

Además, no deja de ser extraño que las noticias que nos dan los periódicos ministeriales sean a cual más contradictorias, pues mientras la Gaceta dice que fué la fragata *Carmen* la que hizo fuego al cuartel de Batallones, El Parcial de hoy en un suelto de última hora, afirma que los insurrectos lograron botar la fragata *Blanca* y dispararon contra las tropas fieles.

La Gaceta nos dijo que únicamente poseían los sublevados el vapor *Cádiz* y algunas lanchas, resultando ahora que son dueños de varios buques de gran porte entre los que figuran cuatro fragatas.

La CORRESPONDENCIA aseguró que la fragata *Amirante*, escuela de guardias-marinas, había rechazado un ataque de aquellos, y luego se ha sabido que estos son dueños de la fragata *Asurias*, de la cual, se apoderaron sin gran dificultad, despidiendo a los jóvenes guardias-marinas y arrestando a los oficiales; todos los periódicos oficiales escribieron muy seriamente que el Gobierno había mandado que el vapor *Colón*, tripulado por fuerzas leales, hiciera fuego a la fragata *Carmen*, montada por los insurrectos, en el caso que de ésta intentase hacerse al mar, según se decía, y aun que fuera tomada al abordaje siendo necesario, y ninguno de los aludidos diarios se permitió observar que el vapor *Colón*, de seis cañones, no podía sostener combate con la fragata *Carmen* que monta cuarenta piezas y una colisa giratoria de grueso calibre.

Por los telegramas leídos ayer en el Congreso, se sabe que la fragata se retiró anteayer tarde a la dársena, y poco después cesaron de hacer fuego los remolcadores y lanchas cañoneras. No resultó desgracia alguna, y las tropas siguen en sus puestos con el mismo excelente espíritu de siempre. Dicha fragata había dejado de hacer fuego al cuartel, yendo a situarse en posición de dirigir sus fuegos al baluarte de la Libertad. Este la arrojó algunas bombas, y dos lanchas cañoneras siguieron haciendo fuego al cuartel. Ni la *Carmen* ni las lanchas produjeron efecto alguno que de lamentar sea, al decir del Gobierno, y escribimos al decir, porque ahora resulta confirmada la noticia de haber sido muerto un oficial del vapor *Cádiz*, y otros dos heridos, aunque levemente, por los insurrectos, cuando antes desmintieron este rumor los diarios semi-oficiales.

Una carta del Ferrol, que publica El Eco de España, dice que se había constituido una junta revolucionaria en el ayuntamiento, donde ondeaba la bandera roja.

Ocupándose el ministerialismo UNIVERSAL de los sucesos del Ferrol dice:

«Ni en el Ferrol ni en la Coruña creen las gentes

que el movimiento sea verdaderamente republicano. La opinión pública señala con notab e insistencia a otro partido como el promotor de tales sucesos.»

El periódico cimbrio-radical, El DERECHO MODERNO, nos evita contestar las precedentes líneas asegurando, que los móviles a que obedece la insurrección del Ferrol y las causas que le han producido; son la falta de cumplimiento por parte del Gobierno de cuanto ofreció en su circular-programa.

Ya lo sabe El UNIVERSAL, y déjese por tanto de extraviar la opinión, cuya conducta dice muy poco en pró de un periódico digno y que en algo se estime.

Como ven nuestros lectores, hemos tratado de reunir cuanto existe referente a los sucesos del Ferrol, que es hoy lo que más preocupa la atención pública.

Vamos a publicar íntegros los magníficos y contundentes discursos pronunciados en la discusión del mensaje por nuestros queridos amigos los señores Ulloa y Romero Ortiz.

Por no querer publicarlos en extracto no han visto todavía la luz pública en nuestro periódico.

Todo el mundo conviene que han abierto horrible brecha en la situación radical.

Los generales y almirantes afiliados a nuestro partido son la eterna pesadilla de D. Manuel de la Tablada.

El amargo acento con que dijo en el Congreso que tienen las espadas enmohecidas, revela precisamente el miedo que le inspiran.

De seguro que no están tan limpias y firmantes como las de los generales radicales, hechos recientemente de militares oscuros; pero no du le el señor Zorrilla que tienen mejor temple y que gozan de más prestigio en los cuarteles y en las fragatas.

Mas lo que V. no debe olvidar, Sr. D. Manuel, es que a pesar de hallarse enmohecidas, son espadas de gran FORTUNA.

Sin embargo, puede V. estar tranquilo, que no piensan desvenajarse.

Para derribar al Gobierno CHUSMA nadie echará mano de espadas mientras haya escobis.

El anti-político discurso pronunciado últimamente por el Sr. Ruiz Zorrilla, que trató con dureza a todos los partidos, está siendo objeto en Madrid de amargas censuras.

Hay algunos que le disculpan, en razón a la cólera que le cegaba al verse moralmente derrotado en la discusión del mensaje.

Pobre D. Manuel! Pronto le veremos abandonando el puesto a los cimbrios, y tomando el camino de Tablada.

Anuncia un periódico que anoche hubo amagos de turbarse el orden público en Barcelona; según parece, se formaron grupos, se dieron algunos vias a la república, y hay quien asegura que se hicieron también algunos disparos.

¿Qué pasa? ¿resido en el extranjero? ¿qué pasa? Luz, mucha luz señores radicales, al país debe decirse la verdad, toda la verdad.

De tal fuerza fueron las frases que pronunció anoche el Sr. Ulloa, digno representante del partido constitucional, en contestación a las inconsideradas palabras del Sr. Zorrilla, que el presidente del Consejo se vió precisado a rectificar y suavizar la gravedad de sus afirmaciones, y a

Mañana nos ocuparemos con alguna extensión de este asunto, en el que tan mal parado quedó el Gobierno y en particular su infeliz presidente.

La EPOCA publica la siguiente declaración, que transcribimos por el interés que encierra para el esclarecimiento de la verdad en el proceso sobre el asesinato del malogrado general Prim. Dice así nuestro colega.

«Nos dice el periódico la Tertulia que hacemos mal en entrometernos en lo que se refiere al procedimiento de que está siendo objeto el coronel Solís. Siempre es honroso defender al que se halla en desgracia; pero juzgamos que si nos sentimos inclinados a creer en la inocencia del coronel Solís, cuando obra en nuestro poder una carta escrita por uno de los procesados en la famosa causa del general Prim, carta en la cual su autor, Esteban Saenz Leza, nos dice testualmente que fué engañado infamemente, por Juan Rodríguez, que en unión de otras personas supuso llamarse José Lopez para calumniar a D. Felipe Solís, y envolverle en una trama infernal; que el firmante con su amigo y paisano Martín Arnedo, fué preso para tomar parte en la farsa, pero que uno y otro han rechazado ofertas de dinero, destinos y de posición que se les hicieron para convertirlos en calumniadores, engañando y estafando a la viuda y al Gobierno.»

«Dice Saenz que así lo ha declarado y así quiere que conste al público, por lo mismo que él y Arnedo se ven víctimas de las mayores violencias dentro de la cárcel, añadiendo que se les había amenazado con echarlos al patio si no se retrataban. Según el mismo Saenz, Rodríguez ó Lopez, pues no sabemos cuál es su verdadero nombre, ejerce gran influencia en la cárcel, hablando de grandes cantidades estafadas y de otros pormenores en que nos repugna intervenir.»

Ya vé la Tertulia si aunque haya alguna exageración en estos hechos tenemos motivo para vivir precavidos en lo que se refiere a la ya famosa causa, y para desear que los tribunales dicten su veredicto.»

Las indignidades que hoy se ven no se han visto en ninguna época. No es posible seguir así. La vil calumnia se ha convertido por la CHUSMA en arma de partido.

Toda la prensa censura indignada la conducta del Sr. Rivero, en la sesión de anteayer, con motivo del incidente promovido por el Sr. Olaverrieta.

Enemigo nuestro es este señor diputado; pero a fuer de leales, debemos declarar que sus palabras tomadas por injurias, no pueden, ni con mucho, compararse a las INDIGNAS que en el Parlamento han vertido los Sres. Salmeron y Diaz Quintero, para vergüenza y oprobio de la honra de la tribuna española.

El Sr. Rivero, no debe ocupar por más tiempo el importante cargo de presidente de una Cámara de la nación, cuando consiente que se ultraje VILLANAMENTE la honra de la patria, y no deja la propia defensa del honor nacional a los honrados españoles que, como el Sr. Olaverrieta, rinden culto al mejor y más grande de los sentimientos.

Tiempo hace que el Sr. Rivero debiera estar relegado, cuando menos, al desprecio público.

Toda la prensa, hasta la ministerial, condena enérgica, aira la y justamente la inculcable conducta del Sr. Rivero, con respecto al incidente promovido por el digno diputado Sr. Olaverrieta.

Si al Sr. Rivero, le queda algun resto de dignidad política, debe abandonar el puesto que ocupa, porque las Cámaras de la nación, son y serán

siempre españolas. Y tenga en cuenta el Sr. Rivero que en esta cuestión no hay partidos, sino amantes de la honra de la patria.

El Sr. Salmeron ha dicho en pleno Parlamento que ERA FILIBUSTERO.

El Sr. Rivero, presidente de una Cámara española, no le ha llamado ni una vez al orden.

En cambio, el Sr. Olaverrieta se levantó a defender a los heroicos voluntarios de Cuba, y el señor Rivero le calificó de indiano.

Entregamos a la conciencia del país, la conducta no ya indigna, sino inculcable del Sr. Rivero.

La mayoría de las Cortes, cediendo a un impulso de nobleza y dignidad española, se propone presentar un voto de censura contra el osado presidente de las Cortes, que en la sesión de anteayer hizo verdadero alarde de estar dominado por un espíritu demasiado fuerte.

Creemos a fuer de leales adversarios digna y honrada la actitud en que se coloca la mayoría que, ante todo, debe rendir culto al sentimiento nacional, ultrajado por el Sr. Salmeron.

Asegura LA CORRESPONDENCIA que el Directorio republicano está en disidencia con el dictador señor Pi y Margall, y rechaza las declaraciones que este hizo anoche combatiendo la insurrección del Ferrol. El Directorio dice que no es solidario de un movimiento que el no ha iniciado; pero no puede rechazar a los que, al parecer, han enarbolado la bandera republicana.

Nos parece que lo que quiere el Directorio, es cohonestar para ponerse a salvo de que algun día sus correligionarios del Ferrol pudieran decirle que los habían abandonado a la hora del peligro.

La verdad en su lugar.

Retiramos gran parte del original que teníamos dispuesto, para dar cabida en nuestras columnas al extracto de la sesión de anteayer.

ÚLTIMA HORA.

Anoche corrían diferentes rumores con respecto a orden público, que necesitan confirmación, y de los que no queremos hacernos eco, para que no digan los radicales que nosotros en la oposición seguimos el sistema que ellos emplearon con nuestros amigos en el poder.

Sembrar la alarma, el temor y la desconfianza es misión de los radicales, y nosotros no queremos ser emulos de ella.

Nada se sabe del Ferrol. Los amigos del Gobierno dicen que hoy serán atacados los insurrectos. Allí veremos.

A las altas horas en que escribimos, se asegura hay crisis ministerial como consecuencia de la salida de Ruiz Gomez y Gasset, pasando Martos, a Gobernación; Ruiz Zorrilla, a Hacienda; Becerra ó Mosquera entrará en Ultramar, y Salmeron en Estado.

Se habla de D. Enrique Martos para el gobierno de Madrid.

Vaya un gobernador!

Sea ó no cierta la combinación anterior, es cierto, ciertísimo, que la crisis existe; que la mayoría está dividida; que el disgusto contra Rivero es general y perfectamente justificado, y que en el seno del gabinete hay completa divergencia de opinión en los asuntos de Ultramar, en la cuestión del clero y en el proyecto del Banco hipotecario.

MADRID:—1872.

YACIENTA A CARGO DE JUAN INIESTA.

Hortaleza, 128.

SECCION DE ANUNCIOS.

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

COMPANIA DE NAVEGACION



VAPORES-CORREOS INGLESES

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARIKA, ISLAY Y CALLAO DE LIMA.

Saldrán los magníficos vapores

ARAUCANA.

CUZCO.

De Lisboa, el 19 de Octubre. Testamento de Lisboa, el 4 de Noviembre. Pasajes directos desde Madrid a Rio-Janeiro: 1.ª 2.700; 2.ª 2.000 3.ª 1.140. A Montevideo y Buenos-Aires: 1.ª 3.500 2.ª 2.000; 3.ª 1.140. Precios reducidos a todos los puertos del Pacífico. Para tomar pasajes y facturar mercancías dirigirse al agente de la compañía en Madrid.

D. L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12.

LAMPISTERIAS DE SANCHEZ, INFANTAS 7, Y CLAVEL. En dichos establecimientos se acaba de recibir un abundante surtido de lámparas de Francia y Alemania, de sumo gusto y elegancia, como igualmente todos los utensilios de cocina; y para su pronta realización se expenden a precio de coste.

Hay aceite mineral de primera y segunda clase, al

precio de 13 y 14 cuartos cuartillo, y por latas a 54 reales una.

Además hay un gran surtido de tubos de las principales fábricas, a real y medio uno.

VENTA DE CUADROS ANTIGUOS Y BUENOS.

Juan de Dios, 1, principal, núm. 7.

GRANDES ALMACENES DE ALFOMBRAS.

CALLE MAYOR, NÚMEROS 22 Y 24.

Variado surtido en

ABACAS de todos anchos, desde 6 hasta 10 reales, clases extra, desde 16 hasta 22 rs. FIELTROS de seis cuartas de ancho, desde 16 hasta 22 rs. MOQUETAS, desde 18 hasta 24 rs. BRUSÉLAS CROSSLEY, Templeton, etc., desde 34 hasta 40 rs. ALFOMBRAS KIDDERMINSTER para comedores y despachos, de 20 a 38 rs. ALFOMBRAS HOLANDESES de pura lana y para portiers de abrigo, de 8 a 12 rs. TERCIOPELOS INGLESES, desde 40 hasta 70 rs. TERCIOPELO AUBUSSON para grandes salones. REPS LISOS Y LISTADOS, y otros artículos de tapicería. TELAS DE PORTIERS desde 14 rs. ALFOMBRITAS DE FIELTRO, MOQUETA, TERCIOPELO y AUBUSSON; MANTAS de viaje y para carruajes; TAPETES de veladores y mesas; COCOS, RUEDOS y PAILLASSONS para barros, y grandes MEDALLONES DE TERCIOPELO de todos tamaños y precios.

SIN IGUAL.

POLVOS HIGIÉNICO-DENTÍFRICOS

DE ESPUMA DE CORAL.

Importados a la Gran Bretaña del Celeste Imperio, con general aceptación de toda la aristocracia inglesa, por sus recomendables y excelentes cualidades: colora agradablemente los labios, sin las contras reconocidas de los coloritos y elixires, y finalmente, quita el mal olor de la boca, fortifica las encías y evita las caries, limpiando perfectamente la dentadura, sin perjudicar en lo más mínimo el esmalte. Precio 4 reales caja.

Calle de Hortaleza, núm. 5, segundo, izquierda, Madrid.